

Cosas de vida y muerte

A las afueras de un clásico pueblo de pescadores, restos de espuma danzaban en el aire empujadas por el húmedo y helador viento que venía del noroeste. La vegetación escaseaba, apenas líquenes y musgos brotaban con dificultad en las rocallas más alejadas del oleaje. Éste, que provocaba un gran estruendo cada vez que golpeaba tierra, perfumaba el lugar con un agradable aroma a mar.

Tareixa entró de pronto en una de las casas más alejadas del poblado. Abrió la puerta del recibidor y con la misma brusquedad, la cerró a continuación. Se quitó el abrigo y gritó:

- *¡Tía Angustias, ya estoy en casa!*

Sin contestación alguna, pero sin que ello le provocara extrañeza, la muchacha, de tez blanca y pelo castaño, se dirigió al salón comedor. Allí, sentada correctamente en un sillón cubierto de encaje, una anciana de gruesos anteojos, zurcía unas medias negras en las que se podían apreciar anteriores remiendos.

La vivaracha joven saludó por segunda vez a su tía y tras un tierno beso en la mejilla, continuó hablando:

- *¿Otra vez arreglando las medias de luto?*
- *Lamentablemente sí querida. Al llegar a mi edad, el único motivo para ver a los amigos, parecen ser los funerales.* - Angustias que hablaba débilmente, miraba con cariño a su sobrina por encima de las gafas aunque su voz, pausada, expresaba cierta tristeza. – *Esta vez las moiras le han cortado el hilo a Sebastián, el redero. Se veía venir, el clima se había cebado en él y sus pulmones no resistieron otra neumonía más. Es probable que no lo recuerdes, eras una chiquilla cuando la artrosis lo retiró de sus labores.*

La anciana miró el reloj de su muñeca, cortó el hilo de que unía la aguja al arreglo y con todo el apuro que se puede dar en una mujer de avanzada edad, se dirigió a su cuarto.

Tareixa ocupó el hueco caliente que había quedado en el sillón y esperó pacientemente. Se distraía observando como en la chimenea del hogar, el fuego consumía ansiosamente la leña, a la vez que disfrutaba del confort que ésta le ofrecía.

Tras largo rato de espera, la anciana salió de su habitación. Ataviada con un abrigo de pelaje negro, una peineta de igual color y el rostro pintado como un esperpento, frunció el morro ante el espejo de oxidados bordes que colgaba en el recibidor y con gran valentía, o resignación, abandonó acompañada por su sobrina, el calor de las debilitadas brasas para aventurarse en el temporal que reinaba en el exterior.

El pueblo había destinado el lugar con las mejores vistas al mar a una diminuta capilla de granito. Pero los altos muros que la fortificaban y guardaban numerosos nichos, ocultaban la belleza natural del emplazamiento.

Tras el féretro, la muchedumbre que salía del interior de la ermita se dirigió en procesión a la tumba abierta y en el instante en que todos guardaron silencio, el sacerdote continuó con sus cristianas palabras.

La atención de Tareixa recayó esta vez en un atractivo joven que derretía su elegante presencia con silenciosos llantos. No le resultaba familiar y desde luego sus delicados ropajes dejaban entrever que no era un habitante habitual del pueblo. Ansiosa, acercó sus finos labios a la oreja con enorme lóbulo de su tía y le preguntó discretamente la identidad del desconocido. Inmediatamente, Angustias le recriminó su falta de decoro con un sutil codazo y una mueca de desagrado. A partir de ese momento, la muchacha guardó silencio.

Cuando los operarios ocultaron el ataúd del demacrado redero en el interior del nicho, llegó el momento que tanto esperaba Tareixa, el turno de las condolencias a la familia más cercana del fallecido. Guardando un cierto orden, las mujeres se acercaron al joven y una vez estuvieron ante él, la astuta y falta de tacto anciana hizo sonrojar a su sobrina con las siguientes palabras:

- *Si no me equivoco, usted debe ser Enrique, el hijo menor de Sebastián. Ya lo había visto en otra ocasión similar, el funeral de su hermano Felipe. Permítame invitarle a una copita de orujo en mi casa para entrar en calor. Allí, tendrá ocasión de conocer a mi sobrina Tareixa. Ella ha mostrado interés en usted, ¿Sabe?*

Enrique, incapaz de contradecir a la descarada setentona, abandonó el cementerio en compañía de la joven y constante charla de su anfitriona.

Una vez traspasado el umbral de la humilde casa, poco quedaba ya que contar. Angustias había narrado, sin dejar algún ínfimo detalle, cómo ella, una solterona entrada en años, había llegado a ser la tutora legal de la huérfana Tareixa tras la muerte de sus progenitores a manos de un traicionero golpe de mar.

Ante los incomodados ojos de los dos jóvenes, la anciana, con una energía excesiva para su edad, echó un par de leños en la chimenea para avivar el fuego, dejó sobre la mesita la botella de orujo y contradiciendo su actitud se retiró del salón usando como excusa el dolor reumático de sus rodillas.

El pesado silencio que reinaba en el salón se rompió tras una serie de torpes intentos por parte de ambos muchachos de entablar una conversación. Pero en cuanto se consumió la primera copa de alcohol, la charla se volvió más amena y cercana.

- *No conocí a su padre, al menos no recuerdo haberlo hecho. Pero mi tía asegura que era un hombre de buen corazón. Hay una cosa que no comprendo, ¿Cómo es posible, que viviendo toda la vida en este pueblo, no lo haya conocido antes?*
- *Tras la muerte de mi hermano Felipe, mi madre no soportaba vivir en este pueblo, así que sin dudar, abandonó a mi difunto padre y me llevó con ella a la capital. Desde ese momento, apenas mantuve relación con él. Algo de lo que ahora me avergüenzo y me colma de dolor.*

Enrique bajó la cabeza y antes de que el mutismo volviera al salón, Tareixa cogió cariñosamente la mano del joven. Él respondió el gesto con una ligera sonrisa que junto a la calidez de su extremidad, ruborizó a la muchacha. Algo más que un inocente interés hacia el apuesto mozo le revolvió las entrañas.

- *Qué cosas tiene el destino ¿verdad? Vengo a despedirme de mi padre y acabo conociendo a una bella e interesante anémona.*

Ante semejante comparativa, la muchacha se alejó y sus ojos reflejaron los húmedos vidrios de la ventana. Consciente del mal entendido, Enrique siguió a la joven y con cierta galantería entrenada se disculpó.

- *Perdone si no me he expresado con claridad. Una anémona es un ser lleno de tentáculos, cierto, pero también es más que una planta. Capaz de adaptarse a los caprichos de las mareas, a sobrevivir a los fuertes golpes de las olas y a los*

ataques de los crustáceos, también es verdad que nunca suelta la roca en la que enraizada, da cobijo a los más insignificantes habitantes del mar. Un animal realmente asombroso ¿no cree usted?

- *Nunca habría definido tan urticante animal con esas bellas palabras. ¿Es usted escritor o solamente malgasta su talento con pueblerinas inocentes? Si lo único que desea es compañía en su cama, gustosamente le facilito información del lugar donde puede hallarla.*

Viendo que las palabras correctivas avivaban todavía más el carácter de la muchacha, Enrique optó por guardar silencio y abandonar la casa inmediatamente, como si de un soldado en retirada se tratase.

Los días pasaban y el don Juan no abandonaba el pueblo, ciertamente se había prendado de la joven. Cada mañana aguardaba en la plaza del ayuntamiento la aparición de Tareixa para ofrecerse a ayudarla con la compra o sus quehaceres. Pero la desconfiada jovencita lo ignoraba orgullosa y seguía su camino. Ello no hacía que Enrique se rindiese, siguiendo el ejemplo de tía Angustias, caminaba a su lado hablando sin cesar de cualquier asunto obligando a la moza a conocerlo tanto si le gustaba como si no.

Pero cierto día, la forzada cita no tuvo lugar. El hijo del redero esperó como era rutina, pero cuando el reloj del consistorio dio la una, el joven abandonó su puesto y se encaminó de regreso a la casa de su difunto padre. Poco antes de entrar en su hogar, una mujer entrada en carnes, con un cesto de verduras en la cabeza lo detuvo.

- *Señorito Enrique, ¿qué está haciendo aquí? Le hacía acompañando a Tareixa en el velatorio. Es que acaso, ¿no se ha enterado de la noticia? Doña Angustias ha fallecido esta noche, cosas de la edad, ya sabe. No me malinterprete pero la que realmente me da lástima es la muchacha. La pobrecita ahora se ha quedado tan sola. Por esa razón vengo ahora del mercado con estos repollos, voy a prepararle un buen cocido para sobrellevar las penas...*

Enrique, alarmado por la mala nueva, tenía la cabeza echa un lío. ¿Cómo es posible que nadie le hubiera comentado antes ese infortunio? ¿Qué pensaría su amada si el único día que no va a su encuentro, es cuando ella más lo necesita? Sin más demora, le

agradeció la valiosa información a la señora y corrió a la casa de las afueras a tanta velocidad, que incluso el viento no era quién da alcanzarlo.

Colgado en la puerta de la humilde vivienda, ondeaba un lazo negro y en un rincón, sobre una sencilla mesita, un libro de condolencias dejaba pasar las hojas a compás de la brisa casi primaveral.

El joven se colocó el abrigo y se alisó el pelo como pudo antes de tocar el timbre. La puerta se abrió y al fin pudo oír de nuevo la voz de Tareixa.

- *Enrique, su tardanza por aparecer por aquí, ha estado a punto de confirmar todas mis sospechas respecto a usted. Pero verle de este modo, tan desaliñado y sudoroso, evidencia que se acaba de enterar de la noticia. Pase, no he preparado nada para comer, pero improvisaré algo.*
- *No se moleste, con el apuro se me ha cerrado el apetito. Además, mi intención no es más que acompañarla en este mal trago.*

La muchacha, que parecía haber perdido toda su fortaleza, indicó a su pretendiente el lugar en donde descansaban los restos de Angustias, algo innecesario, puesto que los rezos de las vecinas se escuchaban desde el recibidor. Tareixa, en vez reunirse con las beatas congregadas, tomó asiento en el mismo sillón donde ambos habían hablado por primera vez y siguiendo con la tradición, sirvió un par de copas de orujo.

- *Tu visita es más que bien recibida, llevaba horas en el cuarto dando vueltas al rosario, respirando el humo de las velas encendidas y el amargo olor de las ancianas amigas de mi tía. Considero que bastante mal se encuentra una, como para a mayores torturarse con semejante teatro. Ahora comprendo las historias que contaba Angustias sobre las alucinaciones que sufría en los velatorios. Pero por favor, ¿sería tan amable de distraer mi atención con cualquier otro asunto?*
- *Por supuesto, nada me llenaría más de gozo que hacer que las lágrimas que brotan de sus enrojecidos ojos, sean a causa de una emoción más saludable.*

Una charla amena y banal se alargó durante las horas que precedieron al funeral. Misteriosamente la relación de ambos regresó al estado donde se había quedado antes del fallido acercamiento galán por parte de Enrique.

Al anochecer, cuando los restos de la alcahueta descansaron al fin en el cementerio y la pompa fúnebre se hubo disuelto, la agotada joven formuló una oferta al muchacho que lo incomodó.

- *En toda mi vida, nunca he pasado una noche sola en esta casa y la verdad, temo hacerlo. No malinterprete lo que voy a pedirle como una malvada intención de recordarle un pasado del que ahora se avergüenza. ¿Podría pasar la noche aquí?*
- *La proposición es bastante inapropiada, probablemente alguna mujer del pueblo no tendría objeción en hacerlo. Pero, si no tiene inconveniente en tener un bulto roncando en su sofá, aceptaré de buen grado.*

A lo largo de la delicada noche, ninguno de los dos muchachos abandonó su puesto de descanso y a la mañana siguiente como en todas las mañanas posteriores, la pareja desayunó tostadas acompañadas siempre con miradas de eterna complicidad.

La muerte no es más que el final de la vida de un ser querido, pero a veces, misteriosamente, marca el inicio de algo más fuerte que ella misma.